

En la naturaleza



Marie
Colmont

Traducción de Juan L. Ortiz

EN LA NATURALEZA



Marie Colmont'

Traducción de Juan L. Ortiz

»» EDUNER ««

COLMONT, MARIE (1895-1938)

En la naturaleza

1.^a ed.

Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2015

128 pp. ; 23 x 16 cm

(Cuadernos de las orillas; 6)

ISBN: 978-950-698-360-4

1. Literatura Francesa. 2. Narrativa. I. Ortiz, Juan L., trad.

II. Delgado, Sergio, comp. y prólogo. III. Mondejar, Guillermo, comp.

CDD A840

C U A D E R N O S D E L A S O R I L L A S

Edición

Sergio Delgado y Guillermo Mondejar

Equipo editorial

Manuel Siri

Alexis Chausovsky

Anabella Peker

Textos

Marie Colmont

Traducción

Juan L. Ortiz

© Herederos de Juan Laurentino Ortiz

© EDUNER, 2015

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos

Córdoba 475

E3100BX1,

Paraná, Entre Ríos, Argentina

eduner@uner.edu.ar

www.eduner.uner.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

Editado e impreso en Argentina.

ÍNDICE

7 *Presentación*

EN LA NATURALEZA

- 17 Pensamientos del alba
- 21 En el corazón mismo de las cosas
- 25 Vivaques
- 29 Al filo del agua...
- 34 La pagaya simple
- 37 Aguas estancadas
- 42 Partir
- 45 La sombra de la floresta
- 49 Entre los nidos y las cunas...
- 54 Toda la belleza del mundo...
- 58 Floresta de otoño
- 62 ¡Llueve, llueve, pastor!...
- 66 Defensa de la comarca llana
- 70 Soledad y solidaridad
- 74 Historia de bestias
- 78 Amuleto
- 81 De la granja al hospicio
- 84 Mi hermano, el árbol
- 87 Partiendo de un árbol y un guijarro

90	Veladas de San Silvestre
94	Aire libre y cultura
98	Iniciativas
104	Cuestión de maneras
108	Cuarto para alquilar
113	Rutas...
119	Un palacio de cristal...
123	<i>Notas sobre los textos</i>

Con este título general, la fina y noble escritora francesa, fallecida hace unos seis años, publicó en el semanario Vendredi una serie de notas que destacaban un altísimo y generoso pensamiento, una sensibilidad en extremo viva y alerta, de amplitud y efusión casi oriental, y un estilo de los más precisos y dúctiles que se hayan dado para poner en valor la experiencia recogida en el contacto íntimo con las cosas y los aspectos más celosos de la tierra y de los cielos.

Iniciamos con la presente la traducción de algunas de dichas notas, deseosos de que ellas, ahora que la estación nos lleva más hacia la naturaleza, puedan ayudar a sentir y observar a esta con mayor delicadeza y atención. [Nota del traductor]

PENSAMIENTOS DEL ALBA

La noche está aún dormida en el fondo del valle: una bella noche redonda, plena, muy negra en las oquedades bajo un cielo estrellado, un hermoso sueño espeso, una bella muerte provisoria, pero perfecta.

Repentinamente todo cede.

¿Por qué despiertas? ¿Porque un gallo ha cantado? Basta esta voz delgaducha para arrancarte de las profundidades en que tu ser se disuelve cada noche con un suspiro de satisfacción. Pero habías comenzado a gemir antes de que ella se levantara y las maderas del lecho gritaron un poco en toda la casa bajo los pesos de los malos despertares, y tu vecino el hortelano tosió, y tu vecina la costurera encendió la luz para mirar la hora. No, no es el canto del gallo, por más resplandeciente o ronco que fuera, el que os ha sacudido a todos por la espalda; es el malestar del alba, es la inquietud de la vida renaciente.

Los gallos cantan ahora por todo: los del valle con una bella voz grave que se enrolla y se frota en los ecos, los de aquí con su grito metálico, tontamente trunco, que se abrevia y te fastidia. Un perro hace sonar la cadena al fondo de su casilla; las estrellas desaparecen en la palidez del cielo; la noche reúne sus efectos para irse. La tregua ha terminado; la tierra, de nuevo, va a empezar a sufrir.

* * *

Cuando te hablan de la belleza del alba puedes reírte: el alba no es bella sino cuando se hace día, rosa y dorado; ella es gris, desaseada, manchada de claridad y de sombra, como un Pierrot todo sucio de vicios, con la boca amarga. Ninguna cosa de la tierra ha tomado todavía su relieve y su color; es el negro fijado sobre la grisalla mal desleída del cielo. Tienes para una hora antes de que el rosa aparezca al ras del oriente.

Esta hora es la mala hora de los moribundos y la mala hora de los vivientes. ¡Escucha toser al viejo hortelano! Eso quiere decir que detrás de sus postigos hay grandes ojos abiertos. Ve delante de él toda su jornada como una larga ruta hasta el crepúsculo, parecida a la de ayer y parecida a la de mañana. ¡Cuánto trabajo en una tal jornada! En el castillo, de todas maneras era menos penoso, con los ayudantes-jardineros para los trabajos pesados... Verdaderamente las cosas están mal dispuestas: era joven y fuerte en el tiempo en que la labor más dura no le estaba destinada; y ahora que se le ha obligado al retiro y que ha debido ponerse de nuevo a trabajar en su oficio para vivir, ¡nadie para ayudarlo! Tú no llegas a comprender...

¡Si se pudiera todavía trabajar tranquilo! Pero no, es necesario huir hasta el fondo del jardín de las griterías de la hortelana, una de esas mujeres que no pueden pronunciar palabra sin clamarla. Ella educa a su nieta, una pobre *minette* de tres años que no sueña más que en *patouiller* en el agua de la fuente, en robar las uvas sulfatadas y en perder su sombrero para correr más ligero al sol; ella hace planear la sombra de un *martinette*, y otras amenazas más temibles aún por imprecisas, sobre esta cabecita sin malicia:

—¡Vas a ver lo que voy a hacerte si vuelves a comenzar!

El viejo siente muy bien que esto no es una educación, pero ¿se rehace una mujer parecida?

En lo de la costurera no oyes nada, pero puedes estar seguro de que ella tampoco duerme. Piensa en el vestido de la señorita Juana que hace un mal pliegue en la espalda; ¿de dónde viene este mal pliegue? No habrá tiempo para hacer de nuevo el vestido; ¿tendría que perder esta clienta? ¡Qué malo eso, con tantas letras que pagar! Y de repente es todo un vuelo de letras delante de sus ojos fatigados: le parece que su vida no ha sido sino una larga serie de vencimientos, de cuentas, de impuestos, de aprendices que robaban los carretes de seda, de clientes mal formadas que se querían elegantes, de noches pasadas en el trabajo a fuerza de café negro, y de pinchazos de aguja, ¡de pinchazos de aguja! Estos le han marcado los dedos y siente de nuevo en todo el cuerpo las punzadas; ella no es más que una gran pelota traspasada, erizada de puntas: ella es la tela que sus manos guiaron antes en la máquina de coser; y es en su pobre carne sin alegría donde pica y vuelve a picar la aguja.

Irás a muchas casas del pueblo y encontrarás así gente mal adormecida en sus preocupaciones: el comerciante que recuenta sus monedas; la mujer-cartero cuyo marido es ciego y paralítico a la vez, que va dos veces por día a las aldeas haciendo al final no sé cuántos kilómetros, y que al atardecer arregla y riega su jardín; el que trafica con bienes que se afana con un nuevo medio de «envolver» a sus clientes, pues se hace también mal trabajo de alma en el resplandor sucio del alba. De repente, de esta paz en que dormían, los pobres hombres han caído en lo duro y mezquino de sus vidas sin esperanza y nunca estas se les han aparecido más amargas que en esta hora lúcida.

* * *

Y sin embargo, verás que van a levantarse en dicha hora. El viejo jardinero se deslizará sus ropas color de tierra y tú lo oirás

venir a la bomba, arrastrando sus zapatos, para una *toilette* primitiva. Quebrará su largo cuerpo en dos y comenzará a pinchar el tallo de una calabaza, a arrancar rábanos; un poco más tarde, se abatirá enteramente sobre sus corvas entorpecidas y se distribuirá en ese ciclo de trabajo que él temía hace un instante y que cumplirá hasta el anochecer sin desfallecimiento.

Me dirás que ellos no pueden hacer otra cosa, que sufren su destino sin elegirlo y que su resignación es más impotencia que sabiduría. Hay en esto quizás un poco de verdad. ¿Pero no ves, a pesar de todo, el coraje que hay en el hombre?

Cuando se encontró, minúsculo, en un mundo en que la más pequeña roca era montaña, el más pequeño charco un océano de barro, ¿crees que fue por la resignación que él sobrevivió? Con sus pequeños brazos mató los monstruos, abatió los árboles gigantes, remodeló la faz de la tierra: ¡piensa en esta osadía! ¡Luego pasó bravamente a través de las invasiones aullantes, las guerras, las pestes, las hambres...! Ahora cuando se despierta ante la luz, en el sudor y el miedo y la desesperación de tantos fardos sin relación con sus fuerzas, y después de un breve tiempo se incorpora gentilmente para volver a cargar el primero de ellos, ¿vas a decirme que esto no es coraje todavía, una vieja herencia de los tiempos heroicos en que Pulgarcito se burlaba de los ogros?

* * *

¿Para qué sirve eso? ¿Qué hace él sobre la tierra? ¿A dónde lo llevan sus pasos?

No lo entorpezcas con preguntas. Déjale recoger su paquete y largarse derecho por su calle. La utilidad, el fondo del asunto, se arreglarán solos, a la larga, con el inmenso universo y la inmensa eternidad.

